

## La belleza moderna

Yo veo la trayectoria Arantxa Goyeneche como una exploración de un mismo problema: la pintura. Independientemente de procedimientos o materiales, su trabajo es un profundizar en el porqué de la pintura.

Un punto de inflexión de su evolución es una obra, titulada *Espejismo* (1998), que se presentó en esta misma galería y que ahora forma parte de las colecciones del Gobierno de Cantabria. Esta pieza es el resultado de un largo proceso, pero si la cito como punto de partida es porque expresa de una manera didáctica toda la problemática de la artista, que se desarrollará en su obra posterior y que prefigura la exposición que ahora estamos contemplando.

En aquella pieza de *Espejismo*, Arancha Goyeneche utilizaba vinilos sobre un soporte de madera y contruía una composición que en una lógica sin fin se desarrollaba hasta el infinito. Es decir, no empleaba una técnica tradicional y aquella organización de formas, sin marco, se expandía por el espacio. La trama de líneas, el contraste de colores, la repetición de formas provocaba uno de los efectos ópticos más elementales, pero a la vez de mayor intensidad, una especie de vibración, de manera que si uno miraba fijamente aquella imagen las líneas parecían desplazarse y daban sensación de movimiento. El particular estímulo visual de repeticiones y contrastes fatiga la retina y el ojo ya no puede fijar la visión, de ahí ese efecto de perturbación o temblor. Con el paso del tiempo, la artista no ha hecho sino profundizar espiritual y formalmente en esta obra.

Es difícil dar una respuesta interpretativa a esta pieza y, por extensión, a la obra de Arantxa Goyeneche, pero yo diría que se trata de investigar el milagro de la pintura. En una ocasión, durante los preparativos de la exposición, ella me escribió: "Se trata (...) de un homenaje a la pintura, de comprobar que esa idea tan "antigua" de la pintura no ha muerto... Creo que todavía hay mucho que decir, que la pintura se puede afrontar desde la investigación y desde la experimentación y que hay un amplio camino por recorrer. Yo mediante el collage, no sólo de materiales, sino de medios, como la fotografía o los medios audiovisuales, intento crear imágenes pictóricas. Creo que es un campo de trabajo muy atractivo y abierto a descubrir muchas cosas".

La artista no utiliza los medios propios de la pintura, pero intuyo que usa otros -más materiales u objetuales- para "tocar" los efectos de la pintura. De alguna manera existe una dimensión fetichista en la obra de Goyeneche que la aproxima al secreto de la pintura. Es un dar cuerpo o materilidad a algo que es intangible. Existen detalles muy significativos: no utiliza marcos; su pintura puede expandirse por el espacio; cuelga sus obras formando murales sin fin; una misma pieza puede ser presentada con orientaciones diferentes según los casos... En fin, todos estos aspectos me hacen pensar que la artista no plantea su obra exclusivamente en términos de visualidad. Un marco es una manera de organizar la mirada, la forma más simple de ordenar la visión. ¿Qué pasa cuando el marco desaparece? Entre otros aspectos muy complejos, a los que luego volveremos, me parece que, como en el caso de Arancha Goyeneche, la obra adquiere un carácter objetual.

Primero el vinilo, el cortar los materiales, el collage... y después, en sus últimas obras, una suerte de deconstrucción de la pintura. Más aún, se trata de traducir la pintura a otro medio para saber en qué idioma habla ésta. Así los materiales, así también la búsqueda de efectos elementales: un preguntarse cómo actúa la pintura, como aquel minero que, contaba el poeta, escarbaba en el fondo del pozo para saber si la tierra sabía llorar.

Pero hay mucho más que una exploración de la pintura. ¿Acaso se podría asociar esa inestabilidad óptica a una estética de lo sublime, esto es, a una fascinación, pero también a una noción de terror a la pintura, como si algo maléfico habitara en aquella? No lo sabría decir con exactitud. Sin embargo, ese efecto de inestabilidad óptica, esa imagen que se proyecta hacia el infinito no puede ser un simple cosquilleo o estímulo visual sin más. Necesariamente tiene que ser una metáfora. Aquel temblor visual, ¿no implica la noción de vértigo y de pérdida del sentido de la orientación? Esa imagen que se desarrolla hasta el infinito, ¿no es una versión moderna de Gaspar David Friedrich? La imagen tradicional define un espacio estable y delimitado, fundamentos que Arancha Goyeneche niega con su trabajo. Su obra está próxima a la alucinación; el espectador, sin pautas ni puntos de referencia, se siente como perdido y desorientado ante este estímulo visual. Existe un aspecto muy significativo, la utilización de materiales reflectantes (vinilos y espejos), en series anteriores, que posee efectos distorsionadores: la imagen estalla en mil reflejos y luces. Ahora este efecto, con la incorporación de fuentes de luz propias dentro de la obra y el uso del ordenador, queda intensificado.

En algún momento he apuntado la proximidad de ciertas propuestas del op art al cuadro "Monje contemplando al mar" de Friedrich. Ambos implican una noción de infinito. El monje se siente atraído por el espectáculo inconmensurable del universo, pero esta infinitud pone en evidencia su soledad. Es decir, se sitúa en una contradicción entre la fascinación por el infinito y el terror que le inspira, en particular porque se siente como un naufrago, sin ningún punto de referencia, perdido y desorientado ante este mismo infinito. Así el monje que contempla el mar, así el espectador cuando se dirige a la obra de Arancha Goyeneche. La alucinación y el sentimiento de pérdida son paralelas.

Aún más. En la presente exposición Goyeneche presenta sólo piezas abstractas. Pero a lo largo de su trayectoria ha realizado series, entre lo figurativo y lo abstracto, en las que se ocultaba una imagen. Piénsese por ejemplo en la serie *Un paseo por Nueva York* (2000) o en la dedicada a los meses del año de 1999 y 2000. Uno tenía la sensación de que un paisaje, ya sea urbano ya inspirado en la naturaleza, se disimulaba bajo una piel hipnótica, de un especial capacidad alucinatoria. O bien que aquella imagen figurativa era fragmentada en un calidoscopio sin fin hasta hacerse prácticamente irreconocible. En Arancha Goyeneche hay también -aunque no lo pueda asegurar con exactitud- una estética de la ocultación, entre el mostrar y el velar. A partir de estos precedentes, sean sus obras abstractas o no, tengo la convicción de que sus obras actuales encierran también un secreto.

Y sin embargo, la artista manifiesta un mensaje positivo. En las conversaciones y en la correspondencia que he mantenido con ella existe una alegría, un optimismo en su trabajo que la desvincula de una idea de oscuridad. Así, ella me escribió a propósito del título de la exposición, "El mar de la tranquilidad": "(...) Me pareció una frase muy sugerente, en la cual utilizo el mar como metáfora de profundidad, de misterio, de ensoñación (...)". Y me contaba que la actual muestra se relaciona con un proyecto, en el que está trabajando en estos momentos, y que se titulará precisamente "La alegría de vivir". La idea de "La alegría de vivir" remite a Matisse, esto es, al goce de la mirada, al gusto por la pintura y el mundo visible, al regalo para los ojos, la fascinación por los materiales y el medio. Su obra implica, en definitiva, una noción de sensualidad...

Un día, unos matemáticos que -como Arancha Goyeneche- trabajaban con computadoras me explicaron una bella historia relacionada con su investigación a propósito del orden y el caos. Según aquella leyenda, en un tiempo inmemorial, coexistían el mundo de los humanos y el mundo de los espejos. Claro que había diferencias entre el uno y el otro, pero ambos convivían armoniosamente y era posible cruzar e ir y venir a través de los espejos. Un día, sin embargo, las

imágenes espectrales se revelaron e invadieron el mundo de los humanos. Éstos advirtieron que el mundo espectral era el caos. Se desencadenó una gran guerra y los humanos tan sólo pudieron vencer a los espejos con la magia. Un alquimista urdió un sortilegio que aprisionó las imágenes espectrales para que no pudieran salir de los espejos. Las obligó a tomar la apariencia humana y a repetir miméticamente todo lo que hacían ellos. Sin embargo, el mago advirtió que el hechizo no duraría siempre y que poco a poco acabaría por debilitarse. En un principio pasaría inadvertido, pero aquí y allá, irían apareciendo formas extrañas, fenómenos inexplicables. Los espejos empezarían a moverse, a cambiar los colores, a reproducir caóticamente el mundo visible hasta liberarse completamente.

Yo entiendo que la batalla secreta de Arancha Goyeneche es la pintura, la escrutación del secreto de la pintura. La veo como aquel monje contemplando el mar de Friedrich, pero ella frente al problema del arte. Pero también la observo como una ilusionista, esto es, como el mago que juega con los espejos. Cada etapa supone una perspectiva suplementaria al enigma de la pintura y un ahondar en el proceso de exploración. La exposición que presenta ahora significa llevar el problema un poco más allá de aquella obra *Espejismo* que se mostró aquí mismo en 1998. Y el problema no es otro que el de la Belleza, una belleza moderna velada por sombras. Éste es el miedo y la fascinación de Arancha Goyeneche. Ésta es la belleza moderna, entre el caos y el elogio de la mirada. No es posible ya contemplar el mundo como un cosmos ideal de belleza absoluta, sino como algo tremendamente ambiguo y contradictorio.

Jaume Vidal Oliveras  
Santander/Barcelona, 2004